

# FRAGMENTOS DEL RAMAYANA

## I.

Así el rey de los lógicos exclama,  
 Para probar el sólido cimiento  
 De las virtudes místicas de Rama:  
 —¡No sabes, oh varón, cuánto lamento  
 Rebajada encontrar tu inteligencia  
 Al nivel del común entendimiento!  
 ¿Qué pensador no tiene la evidencia  
 De que los libros *santos* y *morales*  
 Fueron hechos por hombres sin conciencia,  
 Para engañar á los demás mortales  
 Y hacerles dar sus bienes sin violencia?

He aquí, en resumen, su doctrina toda:  
 Ofrece sacrificios,  
 De santa austeridad vive en el ocio,  
 Consúmeme en ayunos y en cilicios  
 Y entrega tu dinero al sacerdocio.  
 ¡Oh rey sencillo, de tu mente loca  
 Aparta el religioso devaneo;  
 Sólo lo que se ve, se gusta y toca  
 Es digno de tu amor y tu deseo.

Dime: ¿De tus abuelos cuál ha sido,  
 Con ser reyes magnánimos, la suerte?  
 De la tierra, ¡infeliz! los ha barrido  
 El soplo emponzoñado de la muerte,  
 Y nadie saber puede á donde han ido.

El ciego fanatismo se imagina  
 Que están donde él desea.  
 ¡Oh, cómo el ignorante se fascina  
 Con el sueño mentido de una idea!  
 Á nuestra vista la verdad se esconde,  
 Nada hay seguro ni que cierto sea,  
 ¿El mundo mismo existe? Dime dónde.—

Como elefante enfurecido, Rama  
 Escucha airado la palabra atea,  
 Y con la voz del aquilón exclama:  
 —Imposible es que el pecho me taladre

El aguijón punzante de la duda;  
 La santa fe lo escuda,  
 La santa fe que le infundió mi Padre.  
 Así como el caballo generoso  
 Obedece al señor que le domina,  
 Y es esclava la esposa de su esposo,  
 Me rindo de mi Padre á la doctrina.  
 Y resisto á tu voz, como á la saña  
 Del huracán furioso  
 Resiste inquebrantable la montaña.—

.....

## II.

—¡Vuélveme á Rama, tirano!—  
 El anciano Rey, oyendo  
 Que su esposa le acrimina  
 De Rama por el destierro,  
 Traspasado por la pena  
 Y el cruel remordimiento,  
 Cayó, cerrados los ojos,  
 Desvanecido en su lecho;  
 Mas, á poco, recobrado,  
 Así le dice, gimiendo:

—Por el amor de tu hijo,  
 Esposa mía, te ruego  
 Que en mis heridas no pongas  
 De tus quejas el veneno.  
 Si me quieres, no me acuses.  
 Tus suspiros y lamentos  
 Son para mí más terribles  
 Que el estallido del trueno.  
 Te conjuro en mi agonía.  
 No me abrumes con el peso  
 De tu dolor, ya que tanto  
 Me abrumba, á su vez, el cielo.—

Al oír estas palabras,  
 Que desbordadas salieron

Entre sollozos profundos  
De un corazón ya deshecho,  
La Reina cayó á las plantas  
De su esposo, y reprimiendo  
Su dolor, juntas las manos,  
Como quien reza en el templo,  
Y la undosa cabellera  
Esparcida por el suelo,  
Le dice:

— ¡Rey de los hombres!

Perdona si el sentimiento  
Me hizo pronunciar palabras  
Que ser no dichas debieron.  
La mujer á quien su esposo  
(Que es de los dioses espejo)  
Con entrambas manos juntas  
Dirige lloroso un ruego,  
Si á sus súplicas no accede  
Y desoye sus lamentos,  
Ni en esta ni en la otra vida  
Encuentra paz ni consuelo.  
¿Qué te dije en mi amargura?  
Al hablar el sufrimiento,  
La voz de la inteligencia  
Guarda profundo silencio.  
¡El dolor! No tiene el hombre  
Enemigo más tremendo.  
Obscurece la memoria,  
Anubla el entendimiento,  
Acaba con la paciencia  
Y hace al piadoso blasfemo.  
Puede curarse la herida  
Que causa un tizón ardiendo;  
Mas la que hace la tristeza,  
¡Oh caro esposo! en el pecho,  
Esa que viene del alma  
Y crece y crece en silencio,  
Es incurable. Los sabios,  
Los sabios mismos que fueron  
Pacientes, dulces, piadosos  
Y de virtudes modelo,  
Al ser del dolor heridos  
Entró la furia en su pecho  
Y gusanos de la tierra  
En el pecado cayeron.  
¿Qué mucho que yo deplora  
De mi hijo amado el destierro?  
Siglos se me hacen los días  
Desde que se fué tan lejos,  
Y mi dolor se acrecienta  
Por horas y por momentos,  
Como las aguas del Ganges  
Cuando comienza el deshielo.

Y mientras la Reina hablaba  
Iba la tarde cayendo.

Entonces el Rey anciano  
Exclamó con triste acento:  
— ¡Felices los que á ver vuelvan

De mi hijo el semblante, bello  
Como la luna de otoño  
Que halla en los lagos espejo!  
¡Felices los que le miren  
Al volver de su destierro,  
Luminoso cual la estrella  
Que deja un rastro en el cielo!  
Mas ¡ay, que yo, esposa mía,  
Tengo el corazón desecho;  
Los dolores lentamente  
Han consumido mi aliento,  
Y mi vida es semejante  
Á la margen de un riachuelo  
Que va carcomiendo el agua  
Que hacia la mar va corriendo!—

### III.

— Ni la pérdida, oh Sita, de mi reino,  
Ni de mis fieles súbditos la ausencia,  
Me afligen hondamente cuando miro  
El paisaje grandioso de estas sierras.  
Mira esa cima de nevada frente,  
Adonde sólo el águila se eleva,  
Perderse altiva en la región del cielo  
Antes que el hombre divisarla pueda.  
Los flancos de aquel rey de las montañas  
Ya el destello vivísimo semejan  
Del tallado cristal y del zafiro,  
Ya el blanco mate de argentina vena.  
Aquellos altos montes que enlazados  
Como anillos están de escolopendras,  
Teniendo el duro corazón de hierro  
Verjel de flores en sus faldas muestran.

Mira cómo en los bordes de las rocas  
Se persiguen las aves en parejas,  
Cómo las mariposas amarillas  
De flor en flor enamoradas vuelan,  
Y cómo del *baoba* en el ramaje  
El ruiseñor entona sus endechas,  
En tanto que en el tronco carcomido  
Zumba y fabrica su panal la abeja,  
La montaña sublime, con sus fuentes,  
Cascadas, peñascales y arboledas,  
Con sus murmullos, rugidoras voces  
Y vida y movimiento, se asemeja  
Á un elefante indómito, embriagado  
Con los frutos salvajes de la tierra.

¿Quién ¡ay! no desfallece al blando soplo  
De las templadas brisas que se elevan  
Del fondo de las húmedas cascadas,  
De mil rumores y misterios llenas?  
Mira la planta en flor, que allá en la noche  
Luce como la llama de una ofrenda;  
En medio de este mundo misterioso  
Mis sueños y esperanzas se despiertan.

¡Oh, cuán hermoso para mí sería  
 Pasar contigo aquí la vida entera,  
 Libre de todo punzador deseo  
 Y del brebaje amargo de las penas!  
 Bien dijeron los sabios que es más dulce  
 Á los reyes y grandes de la tierra  
 Que el vaso que rebosa de ambrosia  
 La soledad del fondo de las selvas.—

Habiendo hablado así, descendió Rama  
 De las rocas que el musgo aterciopela,  
 Y á su esposa mostró del claro Ganges  
 La pura linfa y la feraz ribera.  
 Y el príncipe gentil de ojos de loto,  
 De nuevo dirigiéndose á la bella,  
 Parecida á la luna cuando sale  
 Del misterio y la sombra de la selva;  
 —Mira —le dice—el caudaloso río  
 Donde los puros astros se reflejan,  
 Las orillas umbrosas, semejantes

Á las grutas del dios de las riquezas,  
 Y las islas que cortan su corriente  
 Y que de cisnes cándidos se pueblan.  
 Aquí es donde los santos solitarios,  
 Que de frutos salvajes se alimentan,  
 Bañan su cuerpo en la estación sagrada,  
 Sobre el mullido césped se recuestan,  
 Y al despuntar la aurora, con la vista  
 En los celajes del Oriente puesta  
 Y las manos al cielo levantadas,  
 Al sol sublimes cánticos elevan.

Entonces, sacudidos por los vientos  
 Los arbustos, los árboles y hierbas,  
 Ambas orillas del sagrado río  
 De hojas y flores olorosas llenan,  
 Y parece que gime la montaña  
 Y que del mundo los cimientos tiemblan.

JOSÉ VELARDE





FAMILIA FELIZ..... Á LA HORA DEL DESAYUNO.—Cuadro de C. Reichert.



—Porque nunca habrá despabilado una vela con los dedos; entonces hubiera tenido miedo de quemarse.

Y ¿qué diré de la tímida jovencita, criada entre cristales al abrigo y amparo del regazo materno, que tiembla de un ratón y huye chillando de una infeliz cucaracha como si fuera un monstruo sanguinario y espantable? Pues á esta asustadiza y cándida paloma le sale un novio intrépido que no teme á la epístola de San Pablo; y aunque sea un barbudo y mal-carado varón, con más facha de pirata argelino que de tierno Medoro, la doncellita se casa, y deja padres, hermanos, parientes, la ciudad y el hogar donde nació, y lo deja todo para irse á Filipinas ó tres kilómetros más allá con un hombre á quien conoció hace poco, y que tal vez le dé peor trato que á una esclava negra del Congo.

Pero ya que de valor hablo, voy á referir á los lectores de este ALMANAQUE el cuento de los tres valientes: y como no gusto de engalanarme con ajenas plumas, principio manifestando que no lo inventé yo, sino que hace la mar de años (esto es declararme viejo) que lo he oído, ó leído, ó soñado, no sé cuándo ni dónde, pues algunas veces las cosas muy lejanas se confunden y no las distinguimos bien unas de otras, cual maraña de enredados pelos, ó matorral de plantas apiñadas y revueltas.

## II.

Y aquí empieza el relato. Para los que conocen las tabernas de Cádiz, nada tengo que decir: á los que no alcanzaron semejante dicha les repetiré, con Arolas, que son

Placer de los que pisan su almo suelo,  
Suspiro de los tristes que se alejan.

Por esto escribió un poeta sevillano, amigo y compañero inseparable desde la cuna del que traza los presentes renglones:

Pirámides tiene Egipto,  
Roma palacios y termas,  
Soberbias escuadras Londres  
Y Cádiz tiene tabernas,  
No los tugurios hediondos  
Que en Madrid tal nombre llevan;  
Sino limplísimos templos,  
De Baco gloria y riqueza,  
Paraísos abreviados  
Que auras de Jerez olean,  
Donde el salchichón picante,  
Donde la aceituna gruesa,  
Donde la fruta de playa  
Y en cañas bullendo el néctar,  
Ojos, paladar, olfato,  
Corazón y alma recrean.

Tal era la jaula: veamos ahora los pájaros. El más joven, casi niño en apariencia, era un señorito gaditano, de escasa estatura, delgado, pálido, elegante y boquirrubio. Por su aspecto delicado y enfermizo, por el prematuro cansancio que revelaba en su aire y movimientos, parecía incapaz de todo esfuerzo varonil y de toda acción resuelta. La doncella más descontentadiza hubiese admirado y envidiado la blancura de sus manos y la forma de sus pies diminutos: en suma, era un caramelo, ó un terroncito de azúcar que podría beberse en un vaso de agua. Algunos le pusieron de apodo

ó sobrenombre *Don Líquido*, aunque ninguno se atreviese á llamarle de tal manera en su misma cara, porque mi señor D. Líquido había mostrado en varias ocasiones una solidez inverosímil, dando á entender claramente que tenía pico y uñas, y un genio tan poco sufrido, que por quitame allá esas pajas era muy capaz de armar tiberio contra los Siete Niños de Écija y todos los caballeros de la Tabla Redonda, y aunque fuese cuadrada.

El segundo, conocido por Juanón á causa de su estatura y corpulencia, era de Sevilla, barrio de Triana. Había sido herrero, soldado, desbravador de potros y contrabandista, Ahora se dedicaba al trato de cuatropeas, comprando y vendiendo mulos y caballos, y siempre, y en tan varios oficios, fué de vivo ingenio, ignorante, rumboso, arrestado, bebedor, y más basto que el revés de una estera. Vestía de corto y con lujo.

El tercero, de más edad que sus compinches, era un peliagudo presbitero malagueño, obscuro como pellejo de corambre, y velludo y recio como un oso. Vestía zapatones con honores de faluchos, pantalón negro, negra y descomunally levita y sombrero de copa así como de cuatro pisos. No llevaba insignia alguna de clérigo; pero viéndole se conocía que lo era, y un ciego lo hubiera sacado por el olor. Años atrás se había cubierto la tonsura y vestido de majo para ir á los toros en Huelva, donde no estuvo antes nunca, ni sabía nadie el santo de su nombre; mas los que se hallaban á su lado en el tendido, sin ponerse de acuerdo y con toda naturalidad, le decían: «Pare cura, ¡vaya una verónica!—Pare cura, ¿me da osté candela?—Pare cura, excomulgue osté á ese picaor, que no sabe poner una vara.» Hasta que el padre cura, cargado y aburrado, y conteniendo sus ímpetus para no dar un escándalo, salió de la plaza rezando no sé qué antífonas ó jaculatorias, y con propósito firme de no volver á disfrazarse nunca, aunque los años de su vida á los de Matusalén aventajasen.

Por sus edades respectivas, los tres comensales representaban en la existencia la primavera, el verano y el otoño. Diferenciábanse no menos en la educación, el estado social y el vestido, y parece que debían diferenciarse también en las inclinaciones y los gustos. ¿Cómo, pues, se hallaban reunidos amigablemente en torno de una mesa, manzani-llando juntos y saboreando juntos como buenos compañeros los calamares y langostinos y las orondas aceitunas sevillanas? Lo ignoro, y á mi vez podría preguntar á los preguntones: ¿Cómo se juntan en la copa de un mismo árbol pájaros venidos de muy distintas partes? Mas dejando esto, que importa muy poco, lo cierto es que se hallaban reunidos los citados tres peines ante la mesa de una de las mejores tabernas gaditanas, y que en ella bebían y platicaban. Tratábase de heroicidades, arrestos inverosímiles, actos de arrojo y gallardías de espíritu, refiriéndose por unos y otros cosas tales, que de haberlas oído el Cid, Bernardo del Carpio y el Gran Capitán, hubiesen vuelto á sus tumbas avergonzados y confusos. La plática se encrespó y se puso agria cuando vinieron de las hazañas á las personas, mofándose del gaditano el malagueño, y el sevillano de los dos, y armándose tal baraúnda y algarabía, que era cosa de taparse con cera los oídos. Como ninguno de los tres brillaba por su paciencia ni tenía nada de manco, veíase venir la catástrofe pronta y terrible. Ya se lanzaban miradas amenazadoras, el

reto insolente iba á salir de los labios, y alguna mano convulsa buscaba entre los pliegues de la faja ó los bolsillos interiores de la levita el argumento supremo, cuando á la manera del dios Neptuno serenando olas, vientos y tempestades, habló el presbítero malagueño con la autoridad de los años y la experiencia, y las vellosas manos extendidas sobre la bandeja de las cañas, y dijo:

—Caballeros, que esta misma noche me lleven los demonios en volandas, ó me aticen á trascantón un navajazo traperero que me pise el mondongo, ó me vuelva judío con siete varas de rabo y un INRI pintado en el estómago, si con tantas voces y alboroto no parecemos chiquillos cuando salen de la escuela. ¿Á qué viene gritar y disputar por lo que no se averigua con palabras, sino con obras? ¿Que cuál de nosotros es más valiente y tiene más pelos negros en el corazón? ¿No es esto lo que se cuestiona? Pues claro está como el sol que será más valiente el que haga la mayor valentía. Y no vale salir con historias, que con agua pasada no muele ningún molino, y las historias suelen ser á gusto del que las cuenta. Cada uno de nosotros acometerá su hazaña, y rematada que fuere, sea medida y calificada y juzgada por los otros dos, que han de haberla presenciado, pues repito que no se admiten referencias. ¿He dicho algo? ¿Estáis conformes, caballeros?

—Conformes y conformísimos, y ¡viva Málaga!—respondieron el gaditano y el sevillano.

Y tras de breve pausa añadió éste:

—Como al buen pagador no le duelen prendas, pronto estoy á entregar la mía para que ustedes la aprecien y la tansen en lo que valga. ¿Hoy es viernes? Pues pasado mañana será domingo y habrá toros: nos reuniremos aquí mismo, y juntos iremos á la plaza. Entonces se verá quién es Juanón el tratante de cuatroleas.

Y á poco se disolvió el valeroso triunvirato.

### III.

Hermosa de veras estaba aquel día la Plaza de Toros de Cádiz. Nada faltaba de cuanto puede dar animación, gala y alegría, entusiasmando hasta el delirio á la congregada muchedumbre. Hombres jóvenes y majos, hembras gallardas y bien vestidas, colores, gritos, risas, agitación incesante, chistes y ocurrencias ingeniosas cruzándose de un lado á otro como las chispas de fuegos artificiales, pregones, músicas, la certidumbre de ver luchar terribles fieras con ágiles y diestros mozos cubiertos de seda y oro como para un baile, espectáculo sin igual en el mundo, la pureza del aire tibio y oloroso.... Finalmente, y para no cansarme, que cada cual se figure tan variado cuadro lo mejor que pueda: nunca la imaginación irá demasiado lejos. Al lado, y por cima de la plaza, bañanla con sus brisas y resplandores el mar y el sol, clarísimos ambos y majestuosos con la tranquila majestad de las cosas eternas.

Había comenzado la lidia, y mis tres héroes presenciaban sus diversos lances desde un tendido de sombra próximo á la barrera, cual conviene á legítimos y verdaderos aficionados. Nada singular ó extraordinario ocurrió con los dos primeros toros, que fueron capeados, picados, banderilleados y muertos según las reglas del arte. Ni un chulo se alzó lan-

zado al aire como pelota, ni se desnucó de tremendo batacazo ninguno de los picadores, ni dejaron los miseros jamelgos de mostrar sus tripas colgando y regar con su sangre la arena del circo, ni el sentido común, que se hallaba ausente, dijo una sola palabra de todo este jaleo. Palmas y cigarros para los espadas, insultos y silbidos para los torpes ó medrosos, y las mulillas y pudridero para los muertos. Mas el tercer toro era un señor toro, muy digno de acompañar en retablos de iglesia las pinturas y estatuas del evangelista San Marcos. Porque además de ser tamaño como un elefante y gordo como un canónigo, se adornaba con un par de cuernos disparatados y muy abiertos, sin que tal corpulencia y tantas libras le impidiesen correr como un galgo. Y tenía la gracia el indino de menospreciar las capas rojas para irse derecho al bulto, con lo cual andaban los lidiadores un sí es no es de azarados y recelosos. Á los pocos pases fué arrollado y herido un chulo; y momentos después el famoso picador Trigo, á pesar de su taurina inteligencia y hercúleo brazo, vió rota su garrocha y se vió él mismo levantado con el caballo que montaba, sufriendo el mayor porrazo de que hay memoria. Cuando los mozos le alzaban del polvo, ensangrentado y maltrecho, una voz zumbona sonó en todo el redondel gritando desafortadamente: «¡Señó Trigo, señó Trigo! ¿quiere usted repetir esa suerte, que no la he visto bien?»

Pero como todo llega en el mundo, llegó el lance final, el lance de la espada, y aquí fué ella. El lidiador, aturdido y descompuesto, comprendía como cosa probable que en vez de matar al toro, el toro le matase á él, y semejante probabilidad no le hacía gracia ninguna. Así prodigaba los pinchazos inútiles, se salía del terreno, y á cada instante iba decayendo en serenidad y esperanza. Hubiera perdido gustoso un dedo de la mano, y quizá dos, porque se armara súbita tempestad y un rayo pulverizase al cornúpeto, que ante sus turbados ojos iba creciendo, creciendo hasta alcanzar proporciones fabulosas. Al fin, un medio varetazo le sacó del apuro con herida leve, siendo llevado á la enfermería entre el clamoreo de la muchedumbre. Quedóse el toro plantado en mitad de la arena, sólo con ligeros rasguños en la piel, más para enfurecerle que para debilitarle, fuerte y entero, y mirando á todos lados como si dijese: «Vayan saliendo guapos, que yo iré dando cuenta de ellos.»

Entonces se alzaron voces pidiendo:—¡Que lo mate Juanón! ¡que lo mate Juanón!—Y estas voces, pocas al principio, fueron innumerables, incesantes, atronadoras, y todas gritaban lo mismo:—¡Que lo mate Juanón!—Aturdido con tal baraúnda, y creyendo que fuese verdadero diestro el tal Juanón, dióle su licencia el Presidente para salir á la plaza y lucir su arrojo y maestría despachando en regla al temible animal que tantos destrozos había hecho. El insigne Juanón el sevillano, vestido de corto, empuñó con la serena tranquilidad de los héroes los trastos del oficio, saludó al Presidente, brindó por las buenas mozas y por el pueblo de Cádiz, y con gentil compás de pies y la sonrisa en los labios, se plantó en mitad del circo y frente al toro. Apartando el siniestro brazo, hizo señal á la cuadrilla para que le dejara solo en la brega, y cuando estuvieron alejados, y el público atento y sin respirar siquiera, y el toro escarbaba la arena para lanzarse sobre él como un rayo.... ¿qué pensarán ustedes que hizo? Pues arrojó la espada, se

embozó en el capote y se puso ante la fiera de espaldas y con el cuerpo doblado como quien busca alfileres por el suelo. Espantosa fué la arremetida; si de repente le hubieran salido alas á Juanón, cierto no habría volado con más ligereza, á pesar de su corpulencia y estatura. Cayó al suelo con tremendo golpe y quedó inmóvil; difícilmente logró la cuadrilla distraer á la fiera para que pudieran recogerle y llevarle á la enfermería. El tumulto fué horroroso; los comentarios, interminables.

Algunos días después de su hazaña, hallábase Juanón vivo todavía y ya levantado de la cama después de haber sufrido durante semana y media unturas, cataplasmas y parches de todo género, amén de los dolores consiguientes al atroz testarazo y á la gran caída. Por fortuna suya, tenía el animal los cuernos muy separados y no le enganchó con ninguno de ellos; que entonces hubiese concluido el lance en el campamento. Y tampoco hubo rotura de hueso alguno; lo que fué no pequeña suerte. El tal Juanón, por lo visto, tenía cuerpo de bronce.

Acompañábanle sus dos amigos y rivales en valentía, quienes le cuidaron en su dolencia y sinceramente aplaudieron su arrojo; aunque, sin darse por vencidos, proponíanse competirlo y hasta aventajarlo con otros arrojitos todavía más increíbles y estupendos. Una tarde en que estaban juntos y había languidecido la plática, les dijo de repente el sevillano:

—Caballeros, por mi parte cumplí como pude. ¿Qué piensan ustedes hacer ahora?

—Despacio, amigo, despacio—respondió el cura.—Cuando estaba usted maquinando el lance del toro, preparó la gente que le llamase al redondel, y nos llevó á la plaza sin decirnos una palabra de lo que se proponía; y me parece que hizo bien, porque si las cosas se van pregonando antes á son de trompeta, pierden el mérito y la gracia. Por mi parte, no sé todavía lo que haré; todas las barrabasadas se me antojan pequeñas, pues no quiero quedar nunca por debajo de nadie.

—Quedará usted y también el amigo Juanón, y les vendrá muy ancho. Sé perfectamente lo que debo hacer, pero no es cosa de un día. Cuando la breva esté madura, les avisaré, y entonces ustedes mismos me proclamarán vencedor en esta contienda. Y si no, al tiempo.

Así habló el señorito gaditano, y se fué tan campante.

—¿Qué máquina de los diablos tendrá preparada?

—¡Bah! niñerías, Juanón, niñerías—contestó el malagueño.—¡Si es una criatura!

#### IV.

Por las calles de Cádiz van caminando y platicando mis tres héroes, y se dirigen al famoso barrio de la Viña, morada de la gente del bronce y mapa y compendio de la sal y el garbo gitano. Y decía tranquilamente el malagueño:

—Ya que Juanón ha cumplido como hombre de alma, justo es que los demás hagamos lo mismo. Ayer tuve noticia de la cosa, anoche la pasé arreglando cuentas y papeles; y como soy cristiano, apostólico, romano, aunque pecador indigno, esta mañana confesé y comulgué en San Antonio,

por si la respiración se me acaba, y ahora me importa muy poco emprender el gran viaje de donde ninguno vuelve. Con que alto, caballeros, que ya hemos llegado al teatro de mi hazaña.

Y entraron juntos en una humilde barbería. Entiéndase bien al decir humilde, que no la adornaban soberbios espejos de marco dorado, ni mullidos sillones, ni tenía otras delicadezas y comodidades, ni había en ella elegantes mancebos para el servicio de los parroquianos. Un mozuelo de hasta diez y siete primaveras, mal guisado en sus paños, como decían nuestros abuelos, esto es, desaliñado en su vestir, era el único dependiente del establecimiento. Y más bien que alegre barberillo, por la seriedad y tristeza del rostro, parecía empleado de alguna empresa funeraria. Al ver entrar al valeroso triunvirato, animóse un poquito, y con la toalla al hombro, y suavizando contra la palma de su mano la navaja, preguntó sonriendo á nuestros héroes.

—Pelar..... afeitar..... rizar el cabello..... ¿qué va á ser, señores?

—Oye—le dijo el presbítero malagueño.—En primer lugar, ¿cómo está hoy tu pobre tío? ¿Se le pasó la fiebre? ¿Se encuentra ya más razonable? Porque me han dicho que se le volvió el seso y se ha puesto loco rematado. ¿Es verdad esto?

—¡Ay, caballero, por desgracia es la pura verdad! Desde que su mujer, la señá Frasquita, se largó con el señor Responsos, el sacristán de la parroquia, llevándose de camino los pocos cuartos que había en la casa, mi pobre tío dió en cavilar y no comer, y luego perdió la chabeta y se puso furioso; de manera, que fué preciso encerrarlo, y encerrado está arriba y con camisa de fuerza, hasta que mañana vengán á llevárselo para el manicomio, que ya hoy darán la orden. ¿Oye su merced el jaleo que arma?

Con efecto, encima de la tienda sonaban patadas, los golpazos de sillas al caer contra el suelo, maldiciones terribles y como rugidos de fiera. El malagueño presbítero dijo al mancebo:

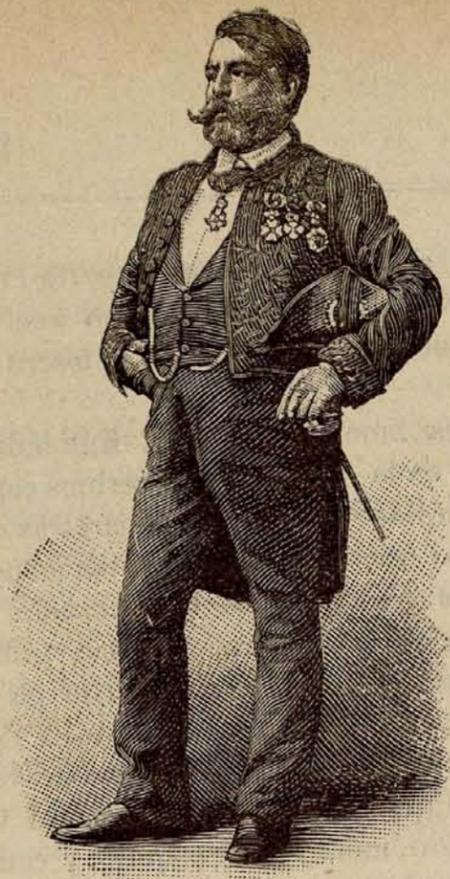
—Hombre, á propósito de tu tío, ¿sabes que se me ocurre una cosa muy chusca? ¡Y vive Dios que la pondré por obra. Pues consiste nada más que en desatar al loco, y que baje y me afeite ó me degüelle, según le parezca, que en esta incertidumbre está el chiste y el salero de la operación. Con que, vamos escalera arriba, y al avío. Las buenas ideas no deben dejarse para luego.

El barberillo dió un salto atrás como si hubiera pisado una serpiente. Quedóse inmóvil y hecho la propia imagen del espanto. Juanón y el Señorito, aunque hombres de muchos hígados, también quedaron estupefactos y perplejos. Ya veían la cabeza de su compañero rodando por el entarimado sobre una lagareta de sangre, mientras el loco furioso esgrimía la afilada navaja, rechinando los dientes como un energúmeno. Quisieron intervenir para evitar una muerte segura; mas el impávido malagueño no lo consintió, y agarrando de un brazo al aterrado barberillo, le obligó á subir casi en vilo la mezquina escalera. Sobre el techo sonaron voces, pataleos, juramentos, y á poco bajaron tres personas la escalerilla: el mancebo, el demente y el héroe de la aventura, que le dijo con la mayor calma:

—Ha de saber usted, maestro, que yo soy amigo y pariente de Responsos el sacristán, y le aconsejé á la señora Frasquita que se fuese con él, y ahora vengo aquí por curio-

MEISSONIER

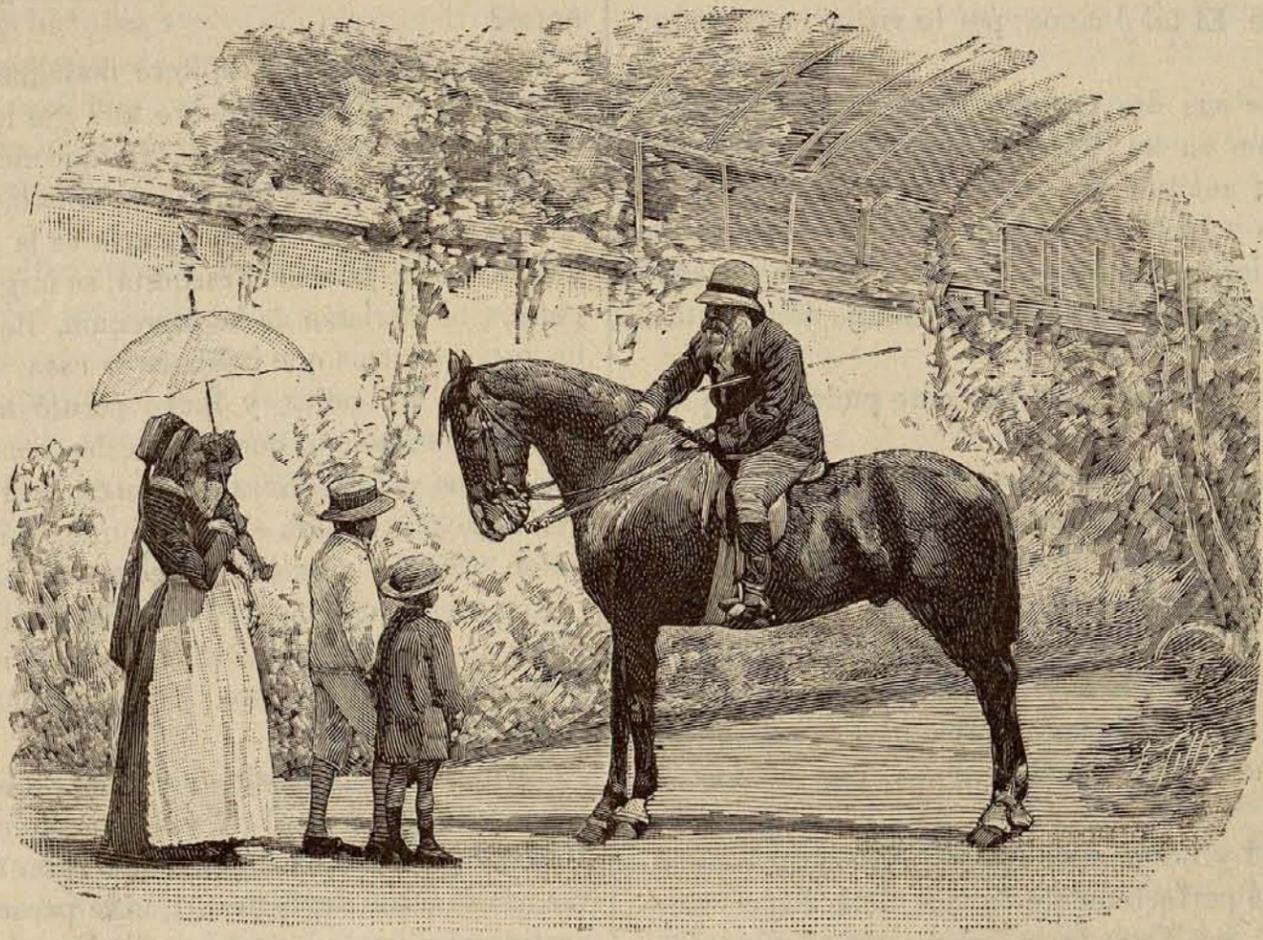
EL HOMBRE Y EL ARTISTA  
EN DISTINTAS ÉPOCAS DE SU VIDA.



Miembro del Instituto.



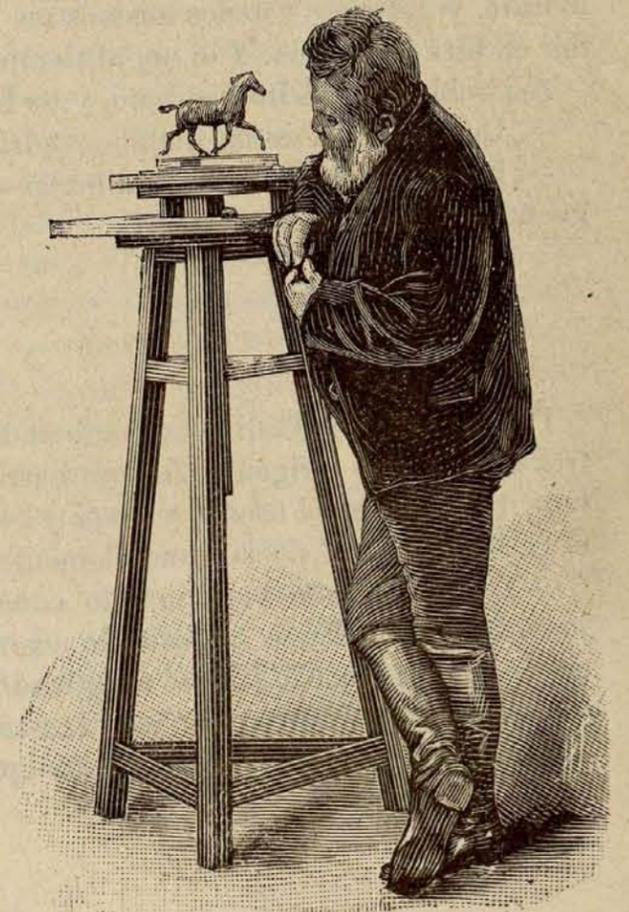
Coronel de la Guardia Nacional.



Meissonier, sportman.



En el taller



Modelando un caballo.

sidad de saber cómo afeita un cornudo. Y para que se le aclare usted la vista y el pulso se le tranquilice, ahí va esa pequeñez.

Y le soltó una monumental bofetada de las de cuello vuelto, que hizo girar sobre sus talones al barbero como si estuviera montado sobre un eje. Escupió el maestro una bocanada de sangre, más dos ó tres muelas que le arrancó el golpe, y rugiendo como tigre, de un salto cogió del navajero una de las navajas, la abrió, y se lanzó contra su enemigo. Pero éste le clavó al suelo con una mirada fulmínea, sentóse en un sillón, y presentando el cuello desnudo, exclamó con la mayor naturalidad:

—Maestro, ¿me va usted á afeitar en seco? Traiga usted agua y jabón y paño de barba, y pase esa navaja por la correa, y no sea usted desollador, sino barbero.

Dominado, magnetizado por la mirada avasalladora del presbítero, trajo el barbero las cosas pedidas, bañó de agua y jabón el sereno rostro del parroquiano, afiló bien la navaja y comenzó la tarea del rasuramiento. Reinaba un silencio espantoso; los testigos de tan inaudita escena estaban pálidos como difuntos, esperando de un momento á otro la tremenda catástrofe. Entonces el paciente dijo:

—Caballeros, con ese silencio y esas caras tan fúnebres y compungidas, parece que estamos velando á un difunto. Hablen ustedes algo, sea de lo que fuere. Vaya, maestro, cuéntenos usted ese lance de su mujer cuando se largó con mi pariente. ¿Se llevó mucho dinero? Dicen que están muy enamorados y contentos por haberle perdido á usted de vista. Porque, sin que sea lisonja, ¡cuidado que es usted feo!

Al oír tal salida, alzó el barbero la navaja como para rebanar la cabeza de aquel insolente, lanzando un gruñido de perro de presa. El parroquiano le contuvo con imperiosa mirada, y añadió:

—Maestro, si usted me degüella ahora, no podré luego ir á ver á Responsos y á la señora Frasquita, para decirles que usted se ha vuelto loco y que muy pronto lo llevarán á una jaula. Además, cortándome el pescuezo me va usted á manchar de sangre la camisa, y es lástima.

Esta vez no fué gruñido, sino rugido de león el que arrojó el barbero.

Levantó el brazo armado de la afilada hoja y tiró una feroz cuchillada al parroquiano. Pero éste, veloz como el rayo, le asió por la muñeca con férrea tenaza, y le dijo:

—Déjese de niflerías, maestro; si quiere degollarme, puede hacerlo con suavidad; basta apretar un poquito la hoja, como quien toca el violín. Conque siga la faena, y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Ya no vuelvo á pronunciar palabra.

Y siguió y concluyó silenciosamente la faena. Durante algunos minutos, largos como siglos, sólo se oyó el *ras ras* de la navaja cortando las cerdas de aquella áspera barba, que al desaparecer dejaba un viso azulado. Por fin, el loco lavó el rostro del parroquiano, le enjugó, le pasó la borla de los polvos, y excepto algunos arañazos debidos al temblor del pulso, no hubo resultado lamentable. Levantóse el presbítero, se miró satisfecho á un espejillo, sacó un peso duro y lo entregó al barbero, diciéndole:

—Un real por el afeitado, y diez y nueve para comprar cintas de colores y ponérselas en la cornamenta. Así estará usted más bonito.

Y le volvió la espalda, saliendo de la barbería con sus compañeros.

—Se me figura que estabais algo pálidos. Por mi parte, no he cambiado de color. ¿Os gusta la prueba?

El Señorito guardó silencio; pero el sevillano contestó modestamente.

—Hombre, eres un hombre desde los pies á la cabeza, un hombre de cuerpo entero. Lo que has hecho no se le ocurre ni al mismísimo demonio, y tiene mucho más mérito que lo del toro. Yo juro que me daba frío sólo de ver la navaja dale que dale rascando el pescuezo y esperando á cada instante ver caer la cabeza. ¿Y al pollo qué le ha parecido el lance?

—¡Pché! La idea no es maleja.... bastante serenidad.... y nada más. Aun saliendo mal, como era probable, el único riesgo era ser degollado.... y nada más. Pero dentro de poco entraré yo en tanda, haré mi prueba, y al mirarme entonces con asombro, os parecerá estar viendo al mismo Alejandro Magno.

—Vamos, éste es más loco todavía que el barbero—murmuraron sus compinches.

## V.

Durante largos días ni el sevillano Juanón, ni el impávido malagueño tuvieron la menor noticia del *Señorito*, que con tal nombre le apellidaban. Aunque el circuito de Cádiz es pequeño, ni por casualidad le veían en parte alguna. Parecía como si se lo habiese tragado la tierra. Suponiéndole enfermo, estuvieron juntos á buscarle donde se hospedaba. Tenía salud, pero no se hallaba en casa. Volvieron segunda vez, y tampoco. Entonces sospecharon que trataba de huir el bulto y eclipsar la figura para excusarse de afrontar alguna temeraria empresa, como ellos por turno la habían afrontado antes, dejándose el uno coger y voltear en la plaza, y entregando el otro la garganta á la cuchilla de un loco, insultado y abofeteado y hecho un basilisco. Según pasaban los días, la sospecha era mayor y más fundada, y llegó el momento de dar por terminado el certamen con la prudente retirada del Señorito, prudencia calificada por ellos de falta de palabra y notoria cobardía. Pero no pocas veces las apariencias engañan y tenemos por fuerza que rectificar juicios temerarios.

Pues cuando menos le esperaban aparece de nuevo el Señorito, tan desdeñoso, pulido y elegante como de costumbre. Hizo traer al montañés otra bandeja con cañas de manzanilla y sacó de la petaca un par de vegueros para sus colegas, á quienes habló de este modo, retorciéndose los cuatro pelos del bigotillo.

—Apostaría cien duros contra seis tiñosas pesetas á que ya me teniais por desertor, pensando que vuestras hazañas, cuyo mérito y valor no niego ni disminuyo, me habían quitado las ganas de sostener la competencia, y que sólo por esto evitaba vuestra agradable compañía. ¿He acertado? ¿Es verdad lo que digo?

—Es mucha verdad—respondieron ambos.

—Y mientras no se muestre lo contrario con hechos—añadió el *Pater*—seguiremos creyendo lo mismo.

—Pues muy poco ha de vivir quien no lo vea. Mañana á primera hora de la noche nos reuniremos aquí, si ustedes

gustan. Y cuidado con faltar, pues entonces podría faltar-me el valor y arrepentirme, y sería vuestra la culpa.

—¡Qué hemos de faltar, hombre! Aquí estaremos puntuales y fijos y exactos como dos termómetros.

—Como dos cronómetros—enmenló el *Pater*.

Ninguno faltó, y á la hora convenida se juntaron. El Señorito estaba más pálido que nunca; parecía un difunto. También iba más elegante que de ordinario; hubiera podido presentarse en casa de un príncipe. Quisieron obsequiarle sus amigos, y se negó á beber ni una gota. Su preocupación era tan extrema, que en vez de sacar el pañuelo para sonarse sacó la petaca y se la llevó á las narices. A despecho suyo, un velo de tristeza se extendía sobre todo él como una mortaja. El presbítero, que no le quitaba ojo, llegó á concebir cierto recelo, y para aclarar la situación, dijo resueltamente:

—Mira, Señorito, este juego en que estamos empeñados ha de jugarse en iguales condiciones y con toda limpieza. Vale arriesgar la vida con la sonrisa en los labios; y cuanto el riesgo sea mayor y la serenidad más completa, será la hazaña más grande y valerosa. Pero véame con las licencias recogidas, y excomulgado luego, y sin un peso duro en el bolsillo, que es lo peor, si no tratas ahora de tomar por el atajo, imaginando de tal manera vencernos y dejarnos tamañitos. No vale quitarse la vida; esto no es cristiano, y trae consigo la condenación eterna. Además, es vulgar y cursi hasta la pared de enfrente; apenas hay día en que un hambiento no se arroje de un quinto piso, ó un estudian-tuelo se arrime un pistoletazo porque la novia no le quiere, ó una fregona se trague una espuerta de fósforos porque la dejó el soldado. Todo esto quiere decir que, si piensas asombrarnos metiéndote una balita en los sesos, te engañas, hijo mío, que no somos tontos y no equivocamos la imbecilidad con la verdadera valentía.

Con la más franca y ruidosa carcajada respondió á esta plática el Señorito, cuya preocupación y tristeza estaban ya cominadas y casi desvanecidas. El orador se quedó absorto ante salida tan extraña, y añadió:

—Celebro con alma y corazón el haberme equivocado. Ya estoy tranquilo y contento, y deseando ver siquiera la orilla del paño que nos preparas. Pero ¿me equivoqué de veras? ¿Y será esta misma noche la cosa?

—Sí, amigo mío, te equivocaste: el quitarse la vida lo hace cualquiera en un momento desesperado, y yo no soy un cualquiera. La hazaña que dispongo no la soñaron Julio César, Hernán Cortés ni Pizarro. Y como ha de estar concluida y consumada antes de una hora, bueno es que vayamos acercándonos al lugar en donde ha de verificarse.

Y se pusieron en marcha hacia el barrio de la Merced. Al atravesar el Campo del Sur por entre la catedral y la plaza de toros, las tinieblas de aquel paraje, el furioso viento y el mar que estrellaba con suma violencia enormes olas contra la muralla, no inspiraban ciertamente pensamientos alegres, sino temerosos y melancólicos. Á pesar de sus protestas contra el suicidio, jiría el Señorito á tirarse de cabeza en aquel oscuro infierno de olas hirvientes, que tronaban como cañonazos contra los sillares del muro y las negras rocas? Instintivamente, y sin hablar palabra, el malagueño y el sevillano dejaron en medio de los dos á su compañero, dispuestos á echarle la garra, si fuese necesario; mas el Se-

ñorito pareció no advertirlo, ó si lo advirtió no dijo nada. Torciendo á la izquierda, pasaron á poco junto al Ayuntamiento y penetraron en un oscuro laberinto de callejuelas angostas, sucias, pobres y mal habitadas, verdadera ignominia de la hermosa Cádiz. Finalmente, en uno de los más lóbregos y medrosos de aquellos callejones, el de la Goleta, Plocia, Jabonería ó cualquiera otro, que para el caso es igual, detúvose el Señorito y dijo á sus acompañantes:

—Hemos llegado. Alto. Mucho cuidado con los pies, que la escalera es fatal. Subiremos al tercero de la izquierda, que es donde nos aguardan.

Y atravesando un portal estrecho y húmedo, que apesataba á diablos podridos, se internaron en aquella escalera, por donde ciertamente no subían ni bajaban ángeles de continuo como por la escala mística de Jacob. Poco y mal alumbrada y con peldaños desiguales y resbalosos, era perpetua amenaza contra las costillas de inquilinos y visitantes: de las habitaciones que daban á los descansillos salía punzante olor de miseria, y acá y allá sonaban llantos de niños, ladridos de perro, ásperas voces disputando ó gritando y el rasgueo de una cascada vihuela. Sólo faltaba de trecho en trecho una cruz negra con la inscripción de costumbre: «Aquí asesinaron á un cristiano. Rueguen por él á Dios.»

—Que se me cuelgue del pescuezo un lobo rabioso para darme un rato de gusto—dijo el corpulento Juanón parandose en firme—si ésta no parece la escalera del patíbulo. Por poco me estrello de frente y me estropeo todo el carácter y la fisonomía de la cara. Pero ¿cómo este Señorito, siempre tan peripuesto y perfumado, frecuenta semejantes guaridas?

—Paciencia; pronto lo veremos. Si no hubiera venido aquí.... Pero sigamos, que, según dicen,

Por estas asperezas se camina  
De la inmortalidad al alto templo.

Detuviéronse ante una puerta, y llamaron. Mientras abrieron, que no fué muy pronto, percibían dentro confuso rumor como de colmena en tiempo de calores. Mucha gente debía de estar allí congregada. Entraron. Y, con efecto, en dos salas corridas había tantas mujeres y hombres, que apenas cabían de pie: conocíase que se habían reunido en tal lugar con ocasión de alguna cosa extraordinaria. Al ver á nuestros héroes, salieron de la concurrencia estas exclamaciones:

—¡Ya está aquí! ¡Qué elegante! ¡Bien por los señoritos!

Y el esperado joven, tomando de la mano á sus amigos, se dirigió con ellos á las señoras, quiero decir, á las mujeres, ó, expresado con mayor propiedad, á las hembras de la casa, que no eran menos de siete como las plagas de Egipto y los pecados mortales. Seis eran jóvenes; y una bien machucha, corpulenta, barbuda y con trazas de arpía, semejaba un marino viejo con faldas. Eran la mamá y las niñas. Ante ellas hizo el pollo una entre cortesana y burlona reverencia, y, encarándose con la madre, dijo:

—Mi señora doña Engracia, éstos son los amigos, mis amigos verdaderos, de quienes le tengo hablado tantas veces. El Sr. D. Bonifacio de la Bombarda, virtuoso presbítero malagueño, capaz de emprenderla contra un batallón á navajazos, y que, si hubiera justicia en el mundo, ya estaría preconizado de obispo y echando bendiciones, ó surcando

los procelosos mares como capitán y jefe de evangélicos piratas. Este otro es el ilustrísimo D. Juan de Triana y Vendavales, docto en la contratación de cuatropeas y en domar potros cerriles, esclarecido torero, muy adecuado para todas las cosas y para algunas más, persona en sumo grado estimable y considerable.

Y añadió, volviéndose á sus amigos y con el tono del charlatán que recorre las ferias enseñando fenómenos:

—Mi querida señora doña Engracia Roña, inconsolable viuda de un heroico tambor mayor, que murió sirviendo á la patria en el hospital de las Bubas, y sus encantadoras hijas, dignos frutos de tan celestial contubernio.

Hecha ya la indispensable presentación primera, siguiéronse otras, y el sevillano y el malagueño pudieron conocer al opulento capitalista Sr. Gómez, aspirante á pretendiente de escribiente meritorio, cuyas destrozadas botas le permitían el inocente desahogo de poder tocar el piano con los dedos de los pies sobre los ladrillos; al linajudo bodegonero señor Venegas, último vástago de los Cerrajeros de Granada (él quería decir Abencerrajes); á D. Isidro Morral, ex-corneta de milicianos realistas; al distinguido tabernero Sr. Garrote; al ciego tío Chinchorro, que cual otro inmortal Homero pasábale la vida entonando cantares; á la señora viuda de Rascabragas y sus elegantes hijas; al cabo segundo de fusileros, Sr. Juan Palomo, incansable bebedor de aguardiente; al académico plebeyo, el pulcro Sr. Fatigas, que fija, limpia y da esplendor al calzado ajeno frotándolo al par con dos cepillos; á la señora del fosforero de la esquina, con sus hermanas menores, ambas solteras y poseedoras ambas de la dignidad de madre; al Sr. Puñalaitas, que jamás dió ninguna, pero que gustaba de insultar al prójimo y tenía rotos muchos pares de botas huyendo de las bofetadas y garrotazos con que los ofendidos solían obsequiarle; á varias damas castañeras y buñoleras del Campo del Sur y Puerto Piojo; y algunos principes que allí asistían de incógnito, aunque con pinta y apariencias de maleantes del muelle, secuestradores en despoblado ó profesores de las famosas universidades y academias de Cartagena, Ceuta y Melilla; amén de los malcriados chicuelos que bullían y alborotaban por todas partes, incomodando á todo el mundo. ¡Válgame Dios, y cómo y cuánto envidio ahora el talentazo enumerativo de esos cronistas ó revisteros de salones cortesanos, que nos cuentan y describen puntualmente, para instrucción y documento nuestro y de los siglos futuros, los nombres, títulos y excelencias de los concurrentes á cualquiera fiesta ó regodeo aristocrático, y además los trajes, condecoraciones, cintas y plumas con que se engalanaban, y las veces que bailaron, y lo que engulleron después, y hasta sus sonrisas, y los arreos de sus carruajes, y las libreas de sus cocheros y lacayos! Mas careciendo, por desgracia, de tan excelsas dotes, dejo para adivinadas las cosas mal dichas, y vuelvo á mis héroes, que, formando corrillo aparte, hacían en voz baja sus comentarios. Y preguntaba el clérigo:

—Oye, Señorito: créeme que estoy medio mareado entre toda esta metralla de gentuza, pues la reunión á que nos has convidado parece una casa de fieras, ó un museo de Historia Natural. ¿Qué pretendes? ¿Quieres que armemos un *Roque*, y arda el *bronquis*, y salga toda esta chusma por los balcones ó rodando por la escalera?

—Nada quiero de *Roque* ni de *bronquis*, sino que os estéis callados y atentos á lo que suceda. ¿Veis ese ejército de botellas con vino y aguardiente sobre aquella mesa? ¿Veis sobre aquella otra ramilletes y dulces en bandeja, que por cierto se están comiendo las moscas? Pues los traje yo para obsequiaros y obsequiar á los presentes. ¿Veis la señora de la casa, que parece un rinoceronte disfrazado de mujer? Es más pobre que Job, sólo tiene trampas y un geniazo de todos los demonios. Su finura es tal, que dice que tiene un sobrino en el *apestadero* del Ferrol, que se constipa de una *garrafa* de aire, y que sus padres y abuelos fueron todos *melitares* y gentes del *trato*. Al uso del tenedor y cuchillo para comer, le llama *triquis miquis*. Posee, además, la gracia de emplear varios ratos en barrenarse la nariz con un dedo, y tiene la bella costumbre de hablar á gritos y achisparse con ginebra. Sus hijas no se hallan más adelantadas en instrucción y cultura. Todas son zafias y feas; pero la mayor, que ya anda á empujones con los treinta años, se lleva la palma en brutalidad y grosería. Reparen ustedes ese pelo cerdoso que le brota casi desde las cejas, esa nariz innoble y aplastada, esos dentarrones que semejan fichas de dominó ó dientes de caballo, ese corpachón de talega, que mal rayo lo parta. Ni en cinco semanas de conversación se podrá decir todo lo fea que es. Pues con esta señorita, que se llama Prudencia....

Un clamoreo repentino de voces y aplausos le cortó la palabra. Entraba en la sala un sacerdote con un libro debajo del brazo, y sobre el tumulto se oían estas exclamaciones:

—¡Ya está aquí el cura, señá Engracia! ¡Prudencia.... los testigos.... el peñascaró.... los dulces! ¡Viva! ¡Vivaaa!

Pasada la explosión, añadió tranquilamente el joven gaditano, señalando á la mencionada Prudencia:

—Pues esta encantadora señorita es mi futura y próxima consorte; su madre, mi suegra; la cuadrilla de sus hermanas, mis cuñadas; ese que ha entrado, el párroco que nos casará de seguida; toda esa gentuza, los testigos y convidados; y vosotros dos, los padrinos de mi boda. Pero.... ¿qué es esto, cielos divinos? ¡Soo.... corro! ¡Socorro! ¡Agua y vinagre! ¡Que venga un médico!

Y fué que al escuchar la palabra *boda* palidieron el impávido malagueño y el animoso Juanón: dieron media vuelta, y cual dos columnas que se desploman, cayeron desmayados. No murieron del susto, pero les duró toda su vida.

.....

Quando pasados algunos meses supieron el fallecimiento del Señorito, que reventó de indigestión matrimonial y rabia triple reconcentrada, decían apurando unas cañitas á la salud del difunto:

*El Cura*.—¡Lástima de hombre! ¡Ni Filipo de Macedonia, ni Julio César, ni los Doce Pares de Francia!

*Juanón*.—¡Qué Felipe, ni qué Julián Cerezas, ni que pares ni nones de Francia ni de ninguna parte! ¡El Señorito fué el Señorito, y el rey absoluto y el gran emperador de todos los valientes del universo! ¡Niño, añadió llamando al montañés, otra docena de cañitas y un plato de aceitunas, y que sirvan de *naufragio* para su alma, para su grande alma!

NARCISO CAMPILLO.

Madrid, Agosto de 1891.

# EL BIEN Y EL MAL

Incontestable experiencia  
Revela en continua acción  
Que bienes y males son  
Propios de nuestra existencia.

Recuerdo de claro día  
Y de noche tenebrosa  
Ante una esperanza hermosa,  
La fulgidez de María.

Así alcanzan por igual  
Sus placeres y dolores  
Á justos y á pecadores,  
Al rico y al menestral.

Con lo que el cuerpo y el alma  
Se templan para el combate,  
Y el más digno más se bate,  
Pues sin esfuerzc no hay palma.

Lid inmarcesible, ruda,  
Del trabajo y la desidia,  
Del amor contra la envidia,  
De la fe contra la duda,

Hasta que virtudes tantas  
Vayan rindiendo á Luzbel:  
Que por algo San Miguel  
Tiene al Demonio á sus plantas.

Sér libre é inteligente,  
Con una ley que cumplir,  
Forja Adán su porvenir  
En el yunque del presente.  
Por eso añaden doctores

Que si á veces nos perdemos,  
Más que al sino, lo debemos  
Á nuestros vicios y errores.

Deuda en forma de castigo  
Impuesto á la humana grey,  
Desde el ostentoso rey  
Al harapiento mendigo.

Que el uno le sufra menos  
Ó el otro le sufra más,  
Será cuestión de compás  
De medidores terrenos.

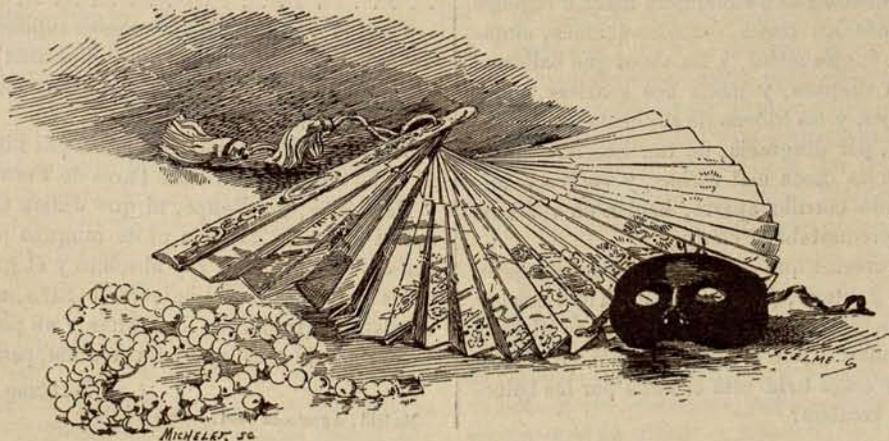
Pero en los altos espacios  
Está la cabal medida,  
Pena ó gloria, muerte ó vida,  
Sobre chozas y palacios.

Extremos inacabables  
Ante cuya inmensidad  
No hay dicha ni adversidad  
Aqui abajo comparables.

Y esto siente la Cōnciencia,  
Y esto piensa la Razón,  
Formando tan santa unión  
La base de la gran Ciencia.

Que á no existir un *Mañana*  
Que compense el *Hoy* sombrío,  
Fuera Dios triste Vacío,  
Y es Plenitud soberana.

ABDÓN DE PAZ.





RECUERDOS DEL BAILE.—POR SCHWENINGER.

## POESÍAS VARIAS

## EN EL ABANICO NEGRO DE C. S.

Perdona si mis versos,  
 Amiga mía,  
 Son reflejos de vaga  
 Melancolía;  
 Que tu abanico negro  
 Como las penas  
 No evoca las rientes  
 Albas serenas,  
 Ni el sol claro y alegre  
 De un cielo puro,  
 Sino la obscura noche  
 Y el valle oscuro.  
 En lugar de los rasgos  
 De tu belleza,  
 De las graciosas líneas  
 De tu cabeza,  
 De las sonrisas dulces  
 Y las miradas  
 En mieles y perfumes  
 Embalsamadas,  
 Pones en las dobleces  
 Del varillaje  
 Melancólicas tintas,  
 Que son ultraje  
 Á tus gracias y encantos,  
 Niña hechicera,  
 Que son gracias y encantos  
 De primavera.  
 Deja para mi otoño,  
 Que ya declina,  
 Sombras crepusculares,  
 Triste neblina,  
 Y haz que tus lindos ojos  
 Despidan rayos,  
 Y en tu mejilla luzcan  
 Floridos mayos,  
 Y anime la alegría  
 Tu faz hermosa.....  
 ¿Por qué no es tu abanico  
 De azul y rosa?

M. GUTIÉRREZ.

## RIMAS.

(DE UN LIBRO INÉDITO.)

Al decimos «adiós» cada noche,  
 De su hermosa frente soltaba los rizos,  
 Que en bucles caían y el cuarto impregnaban  
 De aroma suavísimo.

Al decimos «adiós» aquel día  
 Llenóse mi alma de espanto y de frío,  
 Y, ya muerta, los mustios cabellos  
 Besé con delirio.

Cuando luego unos hombres llevaron  
 Su cuerpo al obscuro sagrado recinto,  
 Los rizos aquellos  
 Quedaban conmigo!.....

Mucho tiempo pasó desde entonces;  
 Ya serán ceniza sus restos queridos;  
 Pero aun vive el amor con que un día  
 La quise y me quiso.....

Su cariño no ha muerto; lo afirma,  
 Del tiempo á despecho, un raro prodigio:  
 ¡Aun los rizos aquellos conservan  
 Su aroma dulcísimo!.....

Cuando mirando al cielo  
 —Velado ante mis ojos  
 Por el raudal de lágrimas  
 Que nunca cesa — tu recuerdo evoco;  
 Cuando adivino, entre flotantes nubes,  
 Las adorables líneas de tu rostro,  
 Y creo que me esperas  
 En ese mundo incierto y misterioso.....;  
 La idea de otra vida,  
 Con tanto afán acojo,  
 Que, imaginando que he de verte entonces,  
 No sé qué diera por morirme pronto.

Pero cuando en mi espíritu  
 Surge tenaz la sombra de la duda;  
 Cuando su voz me afirma que no hay nada  
 Más allá de la tumba;  
 Cuando tiemblo al pensar que con la muerte  
 Puede borrarse en mí la imagen tuya,  
 —Amante compañera

De mis eternas horas de amargura.....;—  
 La idea de perder hasta el recuerdo  
 Que guardo de tu amor, tal me conturba,  
 Que no sé qué daría  
 Por no morirme nunca!.....

RICARDO SEPÚLVEDA.

## PERCHELERAS

En los cielos iba á entrar,  
 Cuando me dijo San Pedro:  
 —Si no la olvidas, no entras.—  
 Y me volví desde el cielo.

Nuestro querer se parece  
 Al querer de las palmeras,  
 Que desde lejos se quieren  
 Y desde lejos se besan.

Cuando atravieso tu calle  
 Miro el cielo en unos ojos  
 Que hay detrás de tus cristales.

Los rosales de mi huerto  
 Tienen más rosas abiertas,  
 Y es que esperan que tú pases  
 Para enviarte de cerca.

No se los cuentes á nadie,  
 Que son secretos del alma  
 Los que por mis ojos salen.

No quiero, cuando me muera,  
 Riquezas, cantos ni honores,  
 Sino dos labios que recen  
 Y dos ojos que me lloren.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

## DE UN LIBRO INÉDITO.

No es la muerte en sí misma la que aterra!  
 Es pensar como pienso entristecido  
 Si el hombre concluyese aquí en la tierra  
 ¡Ah, qué inmensa desgracia haber nacido!

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

## LA BELLEZA IDEAL.

Persigue sin cesar mi fantasía  
 El concepto moral de la belleza,  
 Y al descender de la divina alteza  
 ¿Dónde, sin tí, lo busco, madre mía...?

NILO MARÍA FABRA.



# NOCHE DE BODA

## I.

Era la novia la muchacha más hermosa, y á no dudar, la más buena del pueblo, y aun poseía otra cualidad en que ninguna la aventajaba: era la más pobre.

Toda la hacienda que de sus padres podría heredar consistía en la vetusta casa en que habitaban, en la ribera, y un huertecillo que escasamente les producía para mal alimentarse y pagar la contribución. Cuando los padres vieron que la niña se hacía mujer bellísima, tierna, delicada, inteligente, asombráronse que de ellos, pobres y toscos palurdos, pudiera haber nacido aquella maravilla de hermosura y de ingenio, y comenzaron á lamentar la desgracia de hallarse en tanta pobreza. Siempre habían vivido conformes con su suerte; pero ya no podían resignarse á ver pobre á la hija de su corazón, digna de poseer, y aun les parecía poco, todos los tesoros del mundo.

Querían casarla, porque los dos estaban achacosos y aquellas humedades de la casa vieja y del huerto no las podrían resistir ya mucho tiempo, y les angustiaba la idea de que la muchacha quedara allí sola, sin otra compañía que la de Juanillo, un chico huérfano que ellos, aunque tan pobres, habían recogido cuando perdió á sus padres en una noche de horrorosa tempestad. Estaban los infelices en un chozo en medio de un campo sembrado de habas, y allí les sorprendió la crecida del río y se los llevó. Juanillo y Margarita criáronse juntos y amáronse tiernamente desde niños: Juanillo era fuerte, robusto, vigoroso, y Margarita tierna, sensible, delicada, una *señorita*, como la llamaba su madre. Al muchacho le complacía grandemente ser así como el guardián y el protector de la niña: había que pasar el río, escaso de agua, cogía Juanillo en sus brazos á Margarita y la ponía al otro lado con alegría y con orgullo: arrancaba una vaca brava asustando á la chicuela, que no sabía cómo y por dónde huir, y corría Juanillo á interponerse entre la niña y el animal, y se exponía á que éste le deshiciera. Otro día, en tarde abrasadora de estío, aparecía en el prado, viniendo no se sabe de dónde, un perro que parecía hidrófobo, y Juanillo poníase delante de su compañera, y tumbaba al perro de una certera pedrada en la cabeza; y en fin, otra tarde, que iban solos por una vereda solitaria, hallaban de improviso á un mal hombre, odiado en el pueblo, que pretendía dar un beso á la niña de quince años, y hubiera puesto en la cara virginal las cobardes manos, si Juanillo, con ligereza de tigre, no se le agarrara á las piernas, haciéndole caer y romperse la cabeza contra una piedra.....

.....  
No faltaban en el pueblo pretendientes enamorados de la

singular belleza de Margarita; pero los que no tenían fortuna eran inmediatamente rechazados por los padres, y entre los que estaban mejor acomodados no hallaban tampoco ninguno que reuniera circunstancias de otro orden que juzgaban esenciales en el esposo de su hija. El uno era viudo y le doblaba la edad; el otro era feo, tosco y rudo; aquel tenía tres hermanas horribles solteras que serían tres cuñadas capaces de matarla; otro, con mucho dinero, estaba podrido; aquel era hijo natural de un usurero, y aborrecían en el pueblo al padre y al hijo; éste era un derrochador, vicioso y mujeriego; que se quedaría pobre, y antes ó después mataría á disgustos á la mujer..... En fin, los amantes padres de Margarita desesperaban de ver llegar el esposo modelo, rico, guapo, joven, juicioso, que deseaban para su hija, ya que no creían posible que viniera el heredero de un imperio poderoso, que era, en puridad, á su juicio, el compañero que merecía la hermosísima criatura.

Y Margarita y Juanillo holgábanse mucho de que ninguno de los pretendientes conviniera á los padres. Margarita hallábase muy contenta sin esposo, y temblaba que sus padres le dieran uno á quien no pudiera amar, y en este caso tampoco tendría valor, hija sumisa y obediente, para contrariar á los autores de sus días, que tanto la amaban. Y Juanillo, mientras pudiera vivir bajo el mismo techo que Margarita, considerábase venturoso; pero ¡qué infeliz sería si los padres de su amiga la entregaban á otro hombre!..... Y no le quedaba más remedio que la desesperación y la muerte, si esto sucediera, porque debía tanta gratitud á los padres de Margarita, que no podría menos de sacrificarse antes que declarar el amor de su alma.

## II.

Los padres de Margarita hallaron, cuando menos lo imaginaban, el novio que habían soñado. No era un príncipe, ni siquiera un duque, pero sí poseía todas las circunstancias de juventud, gallardía, bondad, talento y riqueza que ellos deseaban en el marido de la hija adorada. Llegó de Madrid á conocer propiedades que acababa de heredar de un pariente lejano sin más herederos, y vió á Margarita en la iglesia, impresionándole profundamente la hermosura, la gentileza, la elegancia y la distinción de aquella lugareña que parecía disfrazada con el traje humilde que vestía, y más acostumbrada que al percal y á la indiana, á las galas cortesanas.

Enamoróse perdidamente de Margarita el madrileño, y la pidió á los padres. Era hombre por todo extremo simpático y agradable, y los padres, ansiosos de la ventura de su hija, creyeron firmemente que la Providencia le había llevado allí para premio de sus ternuras y desvelos paternos. Con



¡PRESUMIDA

CUADRO DE A. L. HALMI.

Con autorización del Establecimiento editorial y fotográfico del Dr. F. Albert y Comp.<sup>ª</sup>

alma y vida dieron su consentimiento, autorizando á don Ricardo, que así se llamaba el enamorado, para que hiciera la corte á Margarita y procurase lograr la dicha de ser amado.

Margarita no pudo menos de reconocer en el galán venido de Madrid prendas que no reunía ninguno de los que hasta entonces la habían pretendido, y aunque era tan humilde y tan discreta, no fué dueña de reprimir un movimiento de orgullo al saber que la amaba persona de tan excepcionales condiciones como era el elegante D. Ricardo. La pobre lugareña, que no había amado más que á Juanillo, comprendió que D. Ricardo superaba en todo al compañero de su infancia. Esto mismo comprendió Juanillo á su pesar, y odió con toda su alma al cortesano, que con tanto dinero y con tantas mujeres que le querían en Madrid había ido á arrebatárle toda esperanza de felicidad, á quitarle la vida, porque no podría vivir lejos de Margarita, á hacerle odioso el honrado hogar de aquellos pobres á quienes debía tanto agradecimiento....

No creía Margarita que Juanillo la amaba con pasión tan violenta, y tembló cuando se persuadió de que en su celosa rabia podía aquel desventurado ser capaz hasta de cometer un crimen. Ella, que había sido tan venturosa en la inocente intimidad con Juanillo, que tanto le quería y que tanto se había reído con él de los diversos pretendientes á quienes había dado calabazas, tuvo miedo al sorprender las miradas de rencor profundo, de odio implacable con que Juanillo declaraba sus intenciones de ahogar entre sus manos al preferido de la que él quería para sí.

Juanillo pensaba algunas veces que no pudiendo ofrecer á Margarita más que amor y miseria, y siendo en él obligación estrecha respetar la voluntad de los padres de Margarita y de esta misma, y coadyuvar, si pudiera, á la ventura de la familia en que había hallado hogar y amor desinteresado, era una monstruosidad, una abominación aquel odio africano que le atormentaba, aquellos impulsos de asesino que sentía en su corazón; pero en vano se hacía estas reflexiones: amaba y odiaba con igual intensidad, y para él no había más que una solución: ó se mataba, ó mataba á su rival. ¡Ver á Margarita en brazos del madrileño aborrecido! Eso nunca, no lo vería, porque si le faltaba aliento para clavar un puñal en el corazón de aquél, no le faltaría para clavárselo en el suyo.

D. Ricardo conoció bien pronto la malquerencia de Juanillo, y le tuvo lástima, sintiendo los sufrimientos de aquel muchacho, que, por lo demás, le parecía muy estimable; intentó ganar su voluntad tratándole con cariño y significándole de la manera más delicada que, si él quisiera aceptarlos, podría ofrecerle en Madrid medios para crearse una posición ventajosa en el comercio, puesto que le sobraba inteligencia y espíritu recto y de probidad; pero Juanillo no modificó su actitud, y D. Ricardo renunció á toda conciliación con su enemigo. No quería tampoco que Juanillo supusiera que le tenía miedo.

### III.

D. Ricardo, después que tomó posesión de su herencia, y seguro ya del amor de Margarita, volvió á Madrid, su residencia habitual, donde necesitaba ultimar otros asuntos, y comenzó á hacer los preparativos para la boda. Compró y

envió al pueblo riquísimo y costoso mobiliario para una de las casas que había heredado, en la que se proponía habitar en las temporadas que pasara allí. Aquella casa sería el nido para los primeros días de la luna de miel. Luego traería á Madrid á su mujer, ansioso de presentar en la buena sociedad, que él frecuentaba, la gentil lugareña, que seguramente superaría en hermosura y distinción á las más hermosas y distinguidas.

Estaba loco de gozo, como quien tiene en este mundo la evidencia de haber logrado la felicidad, y en la ausencia comprendió que el amor que sentía era el verdadero amor, en nada parecido á los amores de sus primeros años, y que no había conocido mujer más digna de ser idolatrada que la hija de los honradísimos y pobrísimos labradores.

Quería que la boda fuera una fiesta brillante y espléndida de que disfrutara todo el pueblo, ó á lo menos una buena parte de sus moradores. Celebraríase en la humilde casa de la novia, que así lo querían los amantes padres, y él deseaba complacerlos. Ya tenía pensado todo el programa. Al mediodía, repartió de pan, carne, vino, ropas y dinero á los pobres; por la tarde, con permiso especial que le había ofrecido el Prelado, la solemne ceremonia del casamiento; luego, banquete, baile, fuegos de artificios; y á las once de la noche, en una hermosa galera del país, con un poderoso tronco de mulas que había adquirido, llevaríase á su casa á la dueña de su corazón para no separarse de ella jamás.

Apresuró cuanto pudo la terminación de sus asuntos; compró las más hermosas joyas y los más ricos vestidos para la novia; adquirió también profusión de regalos para los padres, para la parroquia, para las monjas, y se despidió de su vida de soltero en una comida que dió á sus amigos y camaradas, donde todos brindaron por su dicha, y él hizo en elocuentes y entusiastas términos el retrato de la mujer incomparable que había hallado en una de las más humildes y desmanteladas viviendas de un pueblo desconocido.

Y por fin, antes de partir, mandó hacer suntuosos funerales en sufragio de aquel pariente de quien había heredado y á quien realmente debería la incomparable ventura de ser esposo de la mujer más perfecta que, á su juicio, existía en este bajo mundo. Si el pariente no hubiera existido, no habría él ido jamás por aquel pueblo, y si hubiese muerto más tarde, acaso habría conocido á Margarita casada con Juanillo, ó estaría él casado con otra. La Providencia había querido indudablemente favorecerle, y ya tenía pensado que se celebrara á su costa solemne función religiosa en acción de gracias, en la iglesia del pueblo, algunos días después de la boda.

En el pueblo no se hablaba de otra cosa que de la suerte loca de aquella muchacha que no tenía sobre qué caerse muerta, y á muchas de las de su edad costábales trabajo disimular la envidia que las devoraba. No podía estar en su juicio un hombre que, habiendo señoritas en el pueblo que hasta sabían tocar el piano, prefería para mujer propia la más pobretona de las chicas del arrabal. No se sabe quién inventó la absurda especie de que el pariente difunto le había impuesto en su testamento la condición de buscar esposa en el pueblo, y esto aumentó la irritación de las señoritas contra el madrileño y contra la inocente Margarita.

En cambio, las vecinas y amigas de esta angelical criatura, pobres como ella que, como ella había vivido, vivían

privadas de todo bien, de toda gala, de toda alegría, de todos los placeres honestos de la juventud, y no podían tener otra aspiración que casarse con pobres braceros y pasar trabajos toda la vida, celebraban como propio el triunfo de Margarita, y se hacían lenguas del buen gusto del señorito que la había preferido á las damiselas envidiosas que estaban rabiando por encontrar marido para lucirlo y darse tono y tener quien las sirviese y andar siempre de pingo y de visiteo, muy puestas de sombrero y con una cola de vara y media.

Las señoritas se habían propuesto no asistir á la boda aunque las convidase el novio, que ya sabían sus intenciones de invitar á la gente principal; todas se excusarían, que no habían ellas de ir á celebrar la hermosura de la novia, que al fin y al cabo era hija de unos tíos del campo. Pero las muchachas pobres asistirían todas, y ya estaban preparándose á sacar de la arquilla el pañuelo de seda para el cuello, la saya de indiana nuevecita que se compraron en la feria y los pendienteillos de similor que, guardados en un papel de seda, no se usaban para que no perdieran el dorado tan bonito que sólo con mirarlo desaparecía. Cada una sacaría su pobreza en honor de la que proclamaban con el mayor regocijo la más hermosa de todas.

Juanillo veía con aparente indiferencia llegar el momento temido en que había de perder toda esperanza. Pasaba los días en el huerto de sus padres adoptivos, y parecía como que evitaba encontrar á Margarita y á sus bienhechores. Había tomado su resolución: morir. En medio de la tempestad de la pasión que rugía en su pecho y envolvía en sombras su cerebro, iluminábale el recuerdo de su infancia, cariñosamente cuidada por aquellos padres, y su orfandad embellecida por las sonrisas celestiales de la niña que tanto le amaba.... Y el desventurado gemía y sollozaba y se daba crueles golpes en el pecho y en la cabeza, como si pudiera así destruir la pasión horrenda y los malos pensamientos que le atormentaban. Su resolución era morir; pero no estaba seguro de que un vértigo de sangre no le llevara á matar....

#### IV.

Llegó el día de la felicidad para D. Ricardo, para Margarita y sus padres; el día terrible para Juanillo. Precisamente era vigésimo aniversario de aquel día luctuoso en que el desbordamiento del río arrastró á sus padres y su escasa hacienda. Él tenía entonces cuatro años y tres la hija del hombre de bien que le salvó y le adoptó. Y amaneció el día lo mismo, á no dudar, que el en que Juanillo quedó huérfano. De color plomizo el cielo, sin una ráfaga siquiera de claridad, cayendo desde las primeras horas de la madrugada menuda, pero copiosa lluvia, la fiesta á que D. Ricardo había invitado á todo el pueblo resultaría muy deslucida. Y no era posible aplazarla; lo que podría hacerse era repetirla cuando mejorase el tiempo. Acudieron, sin embargo, los que habían de recoger los donativos que el novio había determinado repartir, y desde por la mañana empezó á oír expresivos saludos y bendiciones de toda aquella pobre gente que nunca se había visto tan generosamente agasajada.

Pero no cesaba de llover, y respirábase aire de tempestad.

Las amigas de Margarita habíanla vestido para la ceremonia, y el novio, los padres y todos la contemplaban con embeleso, cuando súbitamente el estrépito de la tormenta los hizo estremecer. Juanillo no estaba allí; en el huerto se hallaba inmóvil, mirando al río, que llevaba ya copiosísimo caudal de agua, y si alguien hubiese estado cerca del huér-fano hubiérale oído murmurar:

—No seré yo sólo quien muera hoy.

El padre de Margarita mostrábase inquieto; aquella persistente lluvia y aquella cerrazón ya las conocía. Veinte años antes habíase visto en grave peligro de muerte queriendo salvar á Juanillo. Dios le había protegido entonces; en Él confiaba también en medio de aquella horrible tormenta que tronaba sobre el pueblo aterrado.

Por él hubiérase diferido para otro día la ceremonia nupcial; pero el venturoso novio, menos preocupado que el viejo, y cada momento más prendado de la hermosa á quien iba á dar su nombre, no quería demorar un punto más su ventura. Era aquella una escena verdaderamente extraña y original. Todos temblaban, todos, menos D. Ricardo y Juanillo, los dos rivales. Los convidados al festín que había de seguir á la ceremonia religiosa, oían con espanto el horrisono estruendo de la tormenta, y temían que fueran aquellos momentos los del fin del mundo.

Ya iba á ceder el anciano venerable sacerdote á los ruegos del galán, impaciente por recibir la bendición nupcial, en medio del estupor y el miedo de que estaban poseídos los testigos de una boda tan sonada, cuando súbitamente la vetusta casa se hundió en el torrente impetuoso y devastador en que se había convertido el misero río....

Y todo desapareció en las sombras....

.....  
El día siguiente al de la catástrofe inmensa aparecieron lejos, en término de otro pueblo ribereño, los cadáveres de una mujer y un hombre. Este se conocía que había pretendido en vano salvar á la mujer; la tenía fuertemente asida por la cintura apretándola contra su pecho. Ella estaba horrible; la muerte había destruído en un instante la más peregrina hermosura que ha podido soñarse en este mundo; el hombre había sucumbido con la sonrisa que conservaba en los labios contraídos por la muerte.

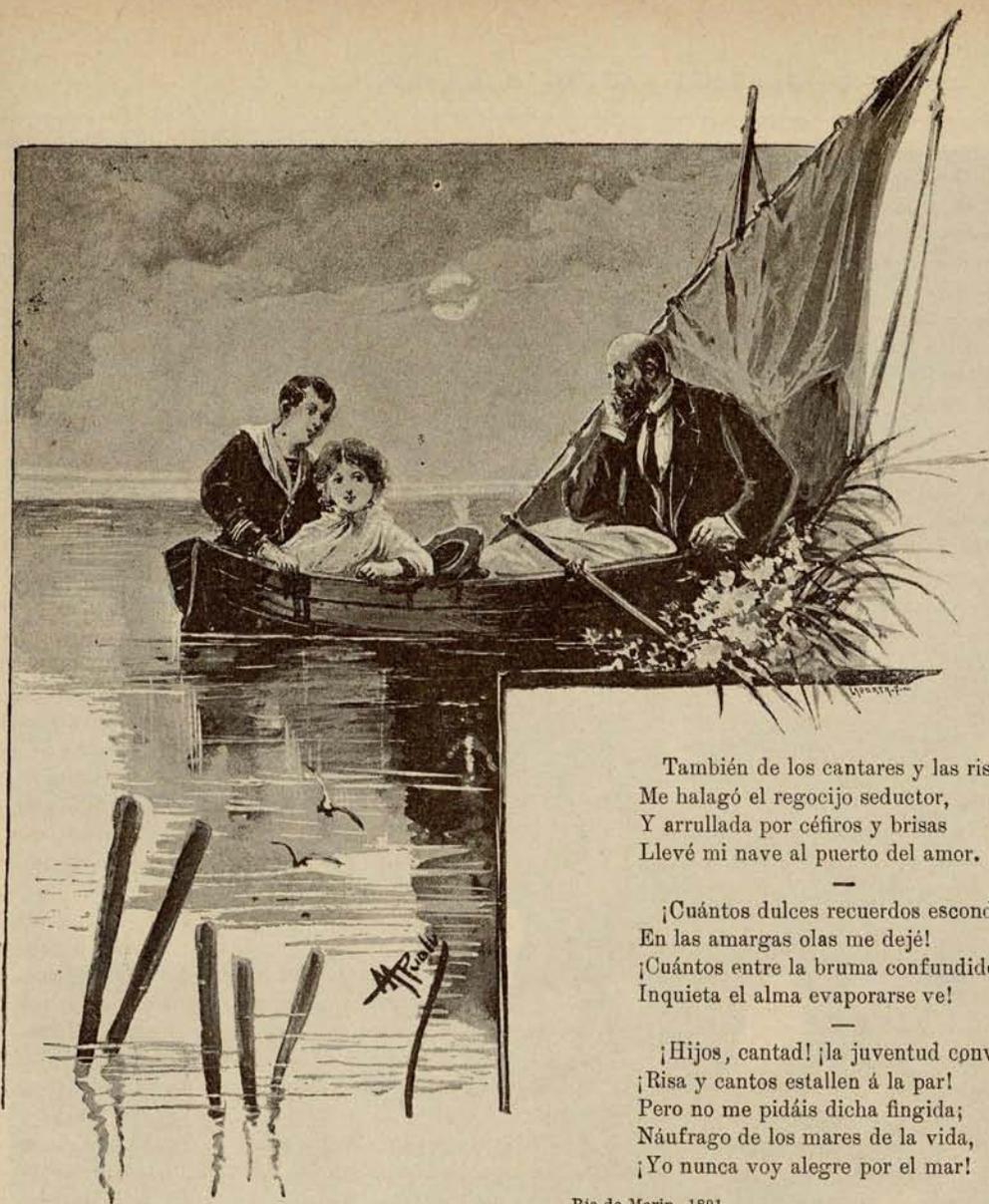
De todos los que habían concurrido á la fiesta de la boda sólo se salvó una persona; el novio, D. Ricardo. ¿Cómo se salvó? No lo ha sabido explicar.

Unos guardias civiles le recogieron cuando bajaron las aguas. Parecía muerto, pero pronto se convencieron de que todavía pertenecía al mundo de los vivos, aunque por las señas, no sería por mucho tiempo. Sin duda había nadado toda la noche, y al amanecer, cuando fué recogido, ya no podía más y se había entregado rendido á la muerte.

Dios no quiso que muriera.

D. Ricardo vive, y pronto ingresará en la santa comunidad franciscana que existe en un pueblo próximo al desventurado en que se iba á celebrar su boda.

CARLOS FRONTEIRA.



## NAVEGANDO

—¿Por qué no cantas, padre? me decían  
Mis hijos, fatigados de gritar,  
Mientras sus carcajadas confundían  
Con el murmullo plácido del mar.

¡Canta! la luna en el azul pasea;  
Todo es misterio y calma en derredor;  
Cisne que con las ondas juguetea  
Parece nuestro esquife volador.—

Yo en tanto silencioso y distraído  
Acaso meditaba, sin querer,  
En ese mar profundo del olvido  
Que no sabe los muertos devolver.

¡Ay! también del abismo enamorado  
Sus ocultas visiones perseguí,  
Y el coro melodioso y regalado  
De las sirenas pérfidas oí.

También de los cantares y las risas  
Me halagó el regocijo seductor,  
Y arrullada por céfiros y brisas  
Llevé mi nave al puerto del amor.

¡Cuántos dulces recuerdos escondidos  
En las amargas olas me dejé!  
¡Cuántos entre la bruma confundidos  
Inquieta el alma evaporarse ve!

¡Hijos, cantad! ¡la juventud convida!  
¡Risa y cantos estallen á la par!  
Pero no me pidáis dicha fingida;  
Náufrago de los mares de la vida,  
¡Yo nunca voy alegre por el mar!

Ria de Marín, 1891

MANUEL DEL PALACIO.





R. P. LUIS COLOMA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,  
AUTOR DEL LIBRO «PEQUEÑECES.....»

# EL PADRE COLOMA

AL SEÑOR EDITOR DE ESTE ALMANAQUE

Me pide usted unas líneas que acompañen la reproducción del retrato de ese peregrino ingenio que en el año último atrajo sobre sí la curiosidad pública con una obra tan comentada como leída por toda clase de gentes. Y me lo pide usted sabiendo lo que hace, pues no ignora que yo estuve en Bilbao hace pocos días con el casi exclusivo objeto de visitar al Padre Coloma y de estrechar su mano de escritor.

Ante todo diré á usted que el retrato que hoy se reproduce (como la presente publicación acostumbra con las celebridades del curso del año), es de una exactitud singular, sólo que la cara del Padre aparece en su conversación más expresiva, animada y juvenil que en los severos rasgos del dibujo, ó lo que es lo mismo, que dentro de algún tiempo será más parecida esta copia.

Así, no obstante, me lo figuro en ese propio sillón atento á mis preguntas y solícito por contestarlas en las tranquilas horas que pasamos juntos. Yo quería conocer al Padre Coloma por dentro, tarea no muy fácil cuando se trata de un hombre eminente, y sobre todo de un padre jesuíta; pero debo decir que hay en su forma exterior tal sinceridad y tal espíritu de franqueza, que no permiten temer dualidades de las que son comunes en cierto género de personas. El autor de PEQUEÑECES es con sotana y alzacuello el mismo que narra su novela con frac y corbata blanca: no hay entre el Padre Coloma y el Sr. D. Luis Coloma más que los votos y el breviario.

Pero ¡qué bien lleva el breviario el Padre Coloma! Instándole yo á que declarase que sus aficiones literarias eran muy antiguas, me confesó que databan de los ocho años, é insistiendo por ello en cuál sería su proceder si fuerzas mayores le prohibiesen escribir, contestó con acento de convicción solemne:—«Rompería la pluma y me metería á rezar.»

Yo intentaba descubrir con esto cuál era la opinión de la Compañía en materia de PEQUEÑECES, é hice uso de ese argumento vulgarísimo sacado á luz por cuantos se han ocupado de la renombrada obra. ¿Cómo se meten ustedes con la aristocracia, cuando la aristocracia protege á ustedes y les confía la educación de sus hijos? La contestación del Padre Coloma fué la que sigue:

—En primer lugar, yo no me he metido con la aristocracia, sino con unas figuras aristócratas, cuyas costumbres, bien patentes por cierto, están necesitadas de corrección ó enmienda. Pero supongamos que me hubiera metido: ¿qué

moral es esa en la cual se establece que el predicador ó el moralista no deben dedicarse á corregir los pecados del que les obsequia ó paga? ¿Habrán de meterse únicamente con los pobres, porque no tienen dinero ó porque no pueden rebelarse contra sus predicaciones? ¿Qué moral es esa? vuelvo á decir. Además, si la aristocracia nos confía sus hijos, como lo hace la clase media y lo va haciendo la más humilde desde que hemos ensanchado la educación gratuita, ya sabrán por qué lo hacen, pues es muy curioso observar que se pasen la vida censurándonos á nosotros, los que después mandan sus hijos á nuestros colegios.

—Sin embargo, Padre—le dije—las gentes se quejan de que ha estado usted demasiado duro con esas figuras á que se alude, y poco consolador ó económico con las figuras contrarias.

—Eso ya me lo ha dicho el diablo—contestó el P. Coloma sonriendo benévolamente.—Suelen ser más dramáticos los defectos que las virtudes, y no hay que olvidar que yo he escrito literatura. Pero las gentes pueden calmarse, porque estoy conforme con las opiniones de Pereda, el cual me dice que en PEQUEÑECES abundan más los contrabandistas que los carabineros. Yo procuraré en adelante reforzar el resguardo.

—Y á propósito de literatura, Padre—le pregunté—¿cómo se explica que del seno de la Orden de ustedes salga hoy literatura amena, cuando la índole de la Compañía ha sido siempre la misión dogmática?

—Pues de un modo muy sencillo. Desde que hay prensa de gran circulación para combatir verdades cristianas, se necesita que la haya para defenderlas, y la circulación no se obtiene sino persuadiendo y agradando. Existe en casi todas las naciones cultas un periódico llamado *El Mensajero*, con ese fin, el cual periódico corre á cargo de los Padres de la Compañía generalmente, excepto en nuestra España, donde hasta hace poco era de una empresa particular. Vino *El Mensajero* á nuestras manos con una tirada de 300 ejemplares y hoy la tiene de 18.000; ¿cómo, pues, había de hacerse este milagro sino valiéndose de las armas de sus competidores, es decir, procurando el interés y la amenidad? Yo he sido encargado de la parte literaria de ese periódico, como otros Padres de la religiosa, y he aquí la respuesta á su pregunta de usted.

Entonces juzgué conveniente decirle que el público había tomado á PEQUEÑECES por una obra de propaganda, fundán-

dose, entre otras razones, en la extraordinaria baratura del libro. El Padre volvió á sonreirse, exclamando:

—Los que tal dicen ignoran que la Compañía de Jesús no puede ejercer ninguna clase de industria, y como lo sería especular con los libros, lo que hace es presuponerlos en coste y costas y dividir la suma entre los ejemplares. Así salen tan baratos.

—¡Ya! pero eso puede constituir lo que en el comercio se llama una competencia ruinosa.

—Tiene usted razón, y por eso no volverá á suceder. En adelante los libros se sacarán á la venta por su valor industrial, y si se gana se aplicará su importe á esos otros libros que la Compañía distribuye de balde.

—¿Se ha vendido de PEQUEÑECES tanto como dicen?

—De PEQUEÑECES se ha vendido primero una edición de cinco mil ejemplares, después otra de siete, luego una tercera de ocho, y en la actualidad se hace una de diez que ya está comprometida; es decir, lo que los franceses llaman treinta ediciones. También hay algunas fraudulentas.

—¿Y qué efecto han producido en usted las críticas de la obra?

—Seré franco en esa respuesta, amigo mío. Confieso en primer lugar que aun no he podido leerlas todas, como tampoco conozco sino imperfectamente la multitud de cartas que han llegado á mi poder con censuras, alabanzas, consejos é indicaciones de diversa índole, que exigirían de mí no ocuparme en otra cosa. Añadiré que me han molestado las que, desconociéndome en absoluto, han propendido á formarme una leyenda de que mi vida simple se consideraba á cubierto; así como las que, interpretando torcidamente mis ideas, daban á mis palabras un giro malicioso que habré provocado por inexperiencia literaria, pero no con dañina intención. Fuera de éstas, las otras me han parecido justa carga de todo el que se exhibe: si se echa encima los elogios, ¿por qué no ha de recibir con mansedumbre los dieterios? Lo único en que no he dudado es en callarme á cuanto digan y respetar ó aprovechar cuanto me censuren.

—También habrá usted tenido satisfacciones—me apresuraré á decirle.

—¡Ah, esas extraordinarias! Si viese usted entre la multitud de censuras, que llenan un armario de mi celda, ¡cuántas reversiones á la piedad, cuántas confesiones de arrepentimiento tengo recibidas! No es lo mismo hablar alto entre las gentes, que recoger los acentos de la conciencia humana, y á veces el que en la tertulia murmura de un libro, bendice en lo profundo de su corazón al que tan sanos consejos le ha proporcionado.

—De modo que la aristocracia.....

—La aristocracia—continuó el Padre—es la que mejor ha entendido mi libro. Ella comprende que yo no ataco la clase,

sino la degeneración de la clase, y me lleva dadas hasta ahora muchas pruebas de afectuosa simpatía. Imita en esto á los críticos de Inglaterra y de Alemania, los cuales han llamado á PEQUEÑECES *defensa de la aristocracia*, por considerar la obra como tarea de expurgo, que es lo que yo me propuse que fuese. La aristocracia, cuando une á la alteza de la alcurnia la alteza de su proceder, es para mí respetabilísima, y su representación en la sociedad indispensable. Ya se verá pronto en un libro que preparo, y no es novela, la exactitud con que se me juzga en el extranjero.

—Pero ¿y las alusiones, Padre?

—No me cansaré de repetir que esas alusiones carecen de la intención que se les atribuye. Yo he tomado datos de la verdad, único medio que conozco para exponer la verdad, y si la malicia los refiere á personas determinadas, esto prueba que los vicios existen y su remedio urge. Podré haber cometido la simpleza de delinear algunas de mis figuras con rasgos característicos que puedan convenir á sujetos determinados; pero por mi fe de sacerdote digo que esos sujetos no eran en manera alguna los que me proponía sacar á luz. Si yo expusiera la lista de las personalidades sobre quienes se me consulta, podrían reunirse media docena de *Curritas* y una docena de *Villa-melones*. La cosa es que el público en general gusta del chismecillo y la murmuración, agarrándose de un pelo para saborearlos, y si yo he promovido en algún modo esta falta, irá el arrepentimiento con la enmienda.

Muchas otras cuestiones se terciaron en nuestra conversación, de las cuales, unas por su delicadeza, otras por su gravedad, debe prescindirse al presente; bastando decir que el Padre Coloma, atento á cuanto escucha, razonador en cuanto se somete á su examen, modesto en sus pretensiones y amenísimo en su trato, inspira extraordinaria simpatía con su ancha frente, ojos expresivos á la manera meridional, modales sueltos y palabra algo apresurada aunque nunca indiscreta, pudiendo condensarse el dibujo de su figura en estas palabras: es un jesuita con cara y con maneras de hombre.

Perdóneme el amigo de un día que yo, indiscreto, penetre en el retiro de su celda para exponerlo á los ojos de la multitud violando la austeridad de sus votos sacerdotales; pero ese mismo retiro que lo oculta á las miradas del público literario, cuya adhesión ha sabido atraerse (porque el Padre Coloma ante todo es un gran literato), justifica mi impertinencia de ahora, que se dirige á satisfacer un legítimo anhelo de los lectores y una afectuosa solicitud del ilustrado Director de este ALMANAQUE.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Madrid 1.º de Septiembre de 1891.



